

ALFONSO I EL BATALLADOR Y LA CONQUISTA DE CALATAYUD

José Luis CORRAL LAFUENTE
Universidad de Zaragoza

Resumen: En el año 1120 Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla conquistó, mediante capitulación, la ciudad musulmana de Calatayud, en el valle del Jalón, tras librar contra los almorávides la batalla de Cutanda. Alfonso I fue un señor de la guerra que duplicó la superficie del viejo reino de Aragón, y que dotó a las tierras conquistadas de fueros de repoblación con amplias libertades para la época. Ese fue el caso de Calatayud, a la que concedió fuero en 1120 y lo amplió en 1131. A la muerte de Alfonso I en 1134, Calatayud quedó incorporado definitivamente al reino de Aragón, convirtiéndose en la segunda ciudad más importante después de Zaragoza.

Palabras clave: Historia Medieval, reino de Aragón, ciudad de Calatayud, conquista, repoblación.

ALFONSO I “EL BATALLADOR” AND THE CONQUEST OF CALATAYUD

Abstract: In the year 1120, Alfonso I “el Batallador”, King of Aragon, Pamplona and Castile, conquered, for capitulation, the islamic city of Calatayud, into the Jalon’s valley, after a battle against the Almoravids in Cutanda. Alfonso was a lord of the war; in your time won a big space in the river Ebro’s region, and gave concessions to those lands in laws and freedoms. In Calatayud give a charter or “fuero” in 1120, whit additions in 1131. In the death of King Alfonso, Catalayud was incorporated to Kingdom of Aragon, the second city most important after Saragossa.

Keywords: Medieval History, Aragon kingdom, Calatayud city, conquest, resettlement.

1. Calatayud antes de 1120

La ubicación de Calatayud ha sido desde la Protohistoria un lugar de enorme valor estratégico. Ciudades como la celtibérica Segeda (en el término municipal de Mara) o Bómbilis, tanto la celtibérica (quizás el despoblado de Valdeherrera) como la romana (en el cerro de Bámbola) o Platea (tal vez en el solar de la actual Calatayud), fueron en su momento centros rectores de un amplio territorio que abarcaba toda la cuenca media del valle del río Jalón.

Entre los siglos III a. C. y III, esas ciudades se convirtieron en los lugares centrales en la ordenación y jerarquización de este territorio. Pero a partir de la crisis de mediados del siglo III, da la impresión de que desapareció ese lugar central que durante seis siglos al menos había regido la región.

La llegada de los musulmanes en el año 714 cambió esta situación. La conquista de la Península fue seguida de la jerarquización del territorio desde las viejas ciudades supervivientes a la crisis, que se revitalizaron (Córdoba, Toledo, Zaragoza...) y desde la fundación de núcleos urbanos nuevos, o al menos fundados sobre ciudades despobladas.

Este es el caso de Calatayud, fundada por los musulmanes sobre las ruinas de un notable centro urbano de época romana que a comienzos del siglo VIII estaba prácticamente deshabitado y en ruinas.

Mucho se ha especulado sobre la fecha de la fundación de Calatayud, e incluso sobre el origen etimológico de su nombre, pero en cualquier caso es evidente que esta ciudad fue fundada para controlar el territorio del Jalón medio, desarticulado en su trama urbana al menos desde el siglo IV. Entre Toledo y Zaragoza, separadas por 400 kilómetros (entre 10 y 14 días de viaje en condiciones normales) no había un solo centro urbano relevante a comienzos del siglo VIII. Recópolis, fundada hacia el año 570 por el rey visigodo Leovigildo muy cerca de la actual Zorita de los Canes en el alto Tajo, quedaba demasiado lejos, y además a comienzos del siglo VIII ya había entrado en la decadencia que la arrastró a su total despoblación un siglo y medio después.

Enclavada en la confluencia de los ríos Jalón y Jiloca, emplazada entre cerros de fácil defensa y ubicada con orientación meridional para aprovechar la insolación invernal, la ciudad (*madina* en árabe) de Calatayud fue erigida para organizar un espacio rico en agricultura y clave en el sistema de comunicaciones entre el centro y el noroeste peninsular.

Los nuevos pobladores de Calatayud, un clan árabe de raíces familiares en el Yemen, se encontraron con una región en clara decadencia demográfica. Prácticamente todas las ciudades notables de la Antigüedad (Arcóbriga, Segeda, Mundóbriga, Platea, Bílbilis) se habían abandonado y eran campos de escombros y de ruinas, aunque algunas monumentales como el teatro y el foro de Bílbilis, en las que vivían algunas poblaciones residuales. En cualquier caso, la existencia de esas ruinas a la vista de todos constituyó una cantera de abundantes materiales constructivos y de fácil extracción.

Los nuevos señores musulmanes vieron en el emplazamiento de Calatayud el lugar ideal para fundar el centro urbano necesario, y lo hicieron a lo largo del siglo VIII con éxito. Los impulsores fueron los Tuyibíes, miembros de ese clan yemení, originario de esta rica región del sur de Arabia, donde en la Antigüedad se habían experimentado complejos y avanzados sistemas de regadío en reinos y ciudades como los de Saba, Saná o Marib, y con ellos algunos grupos bereberes muy arabizados. La experiencia de los yemeníes, con sistemas de regadío bien desarrollados y ciudades destacadas, debió de ser clave en la estructuración geográfica de la región de Calatayud a lo largo del siglo VIII.¹

Así, con Calatayud y Daroca como centros urbanos más relevantes, los Tuyibíes se hicieron con el control político de este territorio y explotaron las mejores tierras de regadío en los valles del Jalón y del Jiloca, en tanto las poblaciones de origen bereber, la mayoría del clan de los Masmuda, marginadas por la aristocracia árabe, se asentaron en pequeñas poblaciones marginales. Así, el clan bereber de los 'Awsaya dio nombre a la localidad de Oseja, los Tihalt se instalaron en Pozuel de Ariza y los Salim en el alto Jalón, en la zona de Medinaceli.

Los cronistas árabes denominan a Calatayud como medina, ciudad importante, ya desde el siglo IX, aunque también incluyen en esta denominación a localidades como Medinaceli, Ariza y Rueda, mucho menores en tamaño y población.

¹ Sobre la época ibérica, vid. Francisco BURILLO y otros, "El poblamiento celtibérico en el valle medio del Ebro y sistema Ibérico", *III Simposio sobre los Celtíberos*, pp. 245-264, Zaragoza 1995. En cuanto a la fundación de Calatayud, José Antonio SOUTO, "Sobre la génesis de la Calatayud islámica", en *Aragón en la Edad Media. Homenaje a Antonio Ubieto*, pp. 675-695, Zaragoza 1989. Durante mucho tiempo se ha escrito que Calatayud fue fundado al poco tiempo de la llegada de los musulmanes, en el año 716, y que su nombre, Calat-Ayub, derivaba del emir de ese nombre. Pero Calatayud no aparece citado en las fuentes islámicas hasta la segunda mitad del siglo IX, quizá porque aunque existiera desde el siglo VIII no alcanzó notoriedad urbana hasta después del 850 (José Luis CORRAL LAFUENTE, "Las ciudades de la Marca Superior de al-Andalus", en *La Ciudad islámica*, pp. 253-287, Zaragoza 1981).

A mediados del siglo IX Calatayud se convirtió en el indiscutible centro rector de todo el Jalón medio, y en el siglo X era ya la capital de una cora o distrito cuya influencia llegaba hasta la ciudad de Daroca, aunque con cierta independencia de Saraqusta (Zaragoza), la capital de toda la Marca Superior de al-Andalus.

El desarrollo urbano de la ciudad de Calatayud fue parejo al crecimiento de su comarca. Los cronistas destacan la riqueza de las huertas, regadas por las abundantes aguas que brotan por todas partes.

Desde luego a mediados del siglo IX ya existía un núcleo urbano destacado en Calatayud, pero fue el emir cordobés Muhammad I quien en el año 862-863 lo “reconstruyó”, en el sentido de fortalecer o reforzar. Con Muhammad I los Tuyibíes perdieron el poder y el control de la ciudad, que pasó a manos de los Banu Qasi, una familia de muladíes, hispanorromanos conversos al islam, que se enseñorearon de toda la Marca Superior durante varios decenios.²

Pero en el año 919, Abdarrahan III, emir de Córdoba, nombró a Mutarrif, un tuyibí, como gobernador de Calatayud, y esta familia volvió a regir la ciudad. El nuevo emir cordobés estaba dispuesto a unificar al-Andalus y someter a todas sus provincias a su poder. Pero en la Marca Superior los deseos de independencia eran muy fuertes, y no se admitió la sumisión a Abdarrahan III, autoproclamado califa en Córdoba en el año 929.

La reacción del califa omeya fue inmediata. En tres campañas militares consecutivas entre los años 935 y 937 sometió a su poder a toda la Marca Superior. El 25 de julio del 937 el califa en persona ocupaba los barrios más bajos de la ciudad de Calatayud y el 31 de ese mismo mes se rendían los últimos defensores que se habían hecho fuertes en la alcazaba. La venganza del califa fue terrible; según las crónicas, sin duda exageradas, trescientos rebeldes fueron decapitados, entre ellos el propio gobernador Mutarrif.

Pese a que los amotinados fueron miembros de los Tuyibíes, Abdarrahan III volvió a designar a miembros de esta familia árabe como gobernadores de Calatayud, que ya le fueron fieles a lo largo de todo su reinado.

Tras media centuria de calma en Calatayud, en el último cuarto del siglo X comenzaron a surgir problemas. Poco antes de mayo del 972 había muerto el visir y cadí Al-'Asi ibn Hakam, uno de los Tuyibíes más destacados, al cual heredaron sus cuatro hijos: Hakam, Ahmad, 'Abd al-Aziz y Lubb. Algo grave debió ocurrir en la ciudad a comienzos de ese año, porque el califa al-Hakam II llamó a los cuatro hermanos a consultas a Córdoba, donde estaban el 9 de mayo del 972. Todos los cargos de la administración califal en Calatayud fueron sustituidos. Los hermanos cayeron en desgracia y fueron encarcelados por orden directa y contundente del califa, y con ellos el cadí Muhammad ibn Dawud, el *sahib as-sala* (relevante cargo urbano) Yusuf ibn Muhammad y el *katib* (secretario) Muhammad ibn 'Abd Allah. Como nuevo gobernador y hombre fuerte del califato en Calatayud fue nombrado el alfaquí Muhammad ibn Qasim al-Hayy, personaje que gozaba de fama por su virtud y su ciencia.

Tras la muerte de Al-Hakam II en 976, el dueño de la situación en el califato de Córdoba fue el general Galib, que desde Medinaceli y Calatayud controlaba toda la Marca Superior, al menos hasta que se enfrentó con Almanzor, el caudillo que relegó al joven

² José María ESTABLÉS ELDUQUE, “Noticia de una ciudad amurallada y una mezquita en la comarca de Calatayud”, *II Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, I, pp. 191-198, Calatayud 1989; Fernando de la GRANJA, “La Marca Superior en la crónica de al-'Udri”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, VIII, Zaragoza 1968.

califa Hixam III a un puesto meramente decorativo, y que entró victorioso en Calatayud en el año 980, convirtiéndose en el señor y dictador de todo el califato.³

A la muerte de Almanzor en Medinaceli en 1002, se desencadenó una profunda crisis en el Estado cordobés. Carentes de poder efectivo, los débiles califas de principios del siglo XI vieron cómo se descomponía su Estado. En el año 1018 Zaragoza se proclamó reino independiente, con los Tuyibíes de nuevo al frente. En 1038 la dinastía de los Banu Hud reemplazó en Zaragoza a los Tuyibíes. El rey Sulayman ibn Hud, primero de los Banu Hud, dividió el reino entre sus cinco hijos. Calatayud, constituido en uno de esos cinco pequeños reinos de taifas, fue entregado a Muhammad 'Abd ad-Dawla, que ya había sido nombrado gobernador de la ciudad poco antes de la muerte de su padre en el año 1046.

Así, Calatayud fue la capital de un reino de taifa independiente desde el año 1046 hasta 1051, cuando el hermano mayor, Ahmad ibn Sulayman, que había heredado Zaragoza, se apoderó de Calatayud utilizando "una serie de tretas y engaños" que no han sido transmitidos por las fuentes históricas. Como ratificación de su independencia, aunque muy breve, en Calatayud se emitió moneda de su propia ceca.⁴

Por Calatayud pasó El Cid con sus mesnadas en el año 1081, cumpliendo el primer exilio a que lo condenó Alfonso VI. Iba camino de Zaragoza, y se estableció algunas semanas en el cerro de Torrecid, cerca de Ateca, donde construyó una fortificación de la que todavía quedan restos, así como del propio poblado de Alcocer.⁵

El reino taifa de Zaragoza se deshizo en 1110, cuando los almorávides, llegados de

³ Los acontecimientos del siglo X pueden seguirse en IBN HAYYAN, *Crónica del califa 'Abdarrahman III an-Nasir entre los años 912-942 (al-Muqtabis V)*, Zaragoza 1981; y AL-RAZI, *Anales palatinos del califa de Córdoba Al-Hakam II*, Madrid 1967.

⁴ Para el siglo XI, Agustín SANMIGUEL MATEO, "Calatayud y su comarca en el siglo XI", en *El Cid en el valle del Jalón*, pp. 7-22, Calatayud 1991; José Luis CORRAL LAFUENTE, "El sistema urbano en la Marca Superior de al-Andalus", *Turiso*, VII, pp. 23-64, Tarazona 1987; José Luis CORRAL LAFUENTE, "Las ciudades de la Marca Superior de al-Andalus", en *La ciudad islámica*, pp. 253-287, Zaragoza 1991. Y sobre la situación general de la región, Afif TURK, *El reino de Zaragoza en el siglo XI de Cristo (V de la Hégira)*, Madrid 1978; María Jesús VIGUERA, *Aragón musulmán*, Zaragoza 1981; María Jesús VIGUERA, *El Islam en Aragón*, Zaragoza 1995; María Jesús CERVERA, *El reino de Saraquista*, Zaragoza 1999; y en las crónicas, IBN 'IDARI, *La caída del Califato de Córdoba y los reyes de taifas (al-Bayan al-Mugrib)*, Salamanca 1993; Fernando MAILLO, *Crónica anónima de los reyes de taifas*, Madrid 1991; Ángel MARTÍN DUQUE, "Aragón y Navarra según el 'Kitab ar-rawd al-Mi'tar", *Argensola*, VII, pp. 247-257, Huesca 1956; IDRISI, *Geografía de España*, Valencia 1974; Juan Antonio SOUTO, "Fuentes magrebíes relativas a la Marca Superior de al-Andalus: el volumen II del *Bayan al-mugrib* de Ibn 'Idari", *II Coloquio Hispano-Marroquí*, pp. 299-322, Madrid 1992.

⁵ Las localidades que cita el Poema del Cid en el valle del Jalón son por este orden: Ariza, Cetina, Alhama, Bubierca, Ateca, Alcocer, Terrer y Calatayud. De todas ellas sólo Alcocer no existe en la actualidad, pues fue despoblado tras la conquista por las tropas del ejército del caballero castellano. El Cid se asentó en un cerro en la margen derecha del Jalón unos 2 kilómetros aguas abajo de Ateca en la partida que hoy se llama Torrecid. En la cima de ese cerro Torrecid (Torrecil en algunos mapas) hay restos de construcciones fortificadas y un foso artificial, con cerámica gris tipo "reconquista" de fines del siglo XI (José Luis CORRAL LAFUENTE, "Método arqueológico y cantares de gesta", en *El Cid en el valle del Jalón*, pp. 33-48, Calatayud 1991; José Luis CORRAL LAFUENTE y Francisco J. MARTÍNEZ GARCÍA, "Geografía e Historia en el Poema de Mío Cid: la localización de Alcocer", *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 55, pp. 43-64, Zaragoza 1987; Francisco J. MARTÍNEZ GARCÍA, "Yacimiento arqueológico de 'El Torrecid'. Campamento militar del Cid ante la toma de Alcocer", *Estado actual de la arqueología en Aragón*, II, pp. 269-285, Zaragoza 1990; Francisco J. MARTÍNEZ GARCÍA, "El otero del Cid o cerro Torrecid: enclave militar del Campeador en el valle del Jalón", en *El Cid en el valle del Jalón*, pp. 49-95, Calatayud 1991; Mikel de EPALZA, "El Cid y los musulmanes: el sistema de parias-pagas, la colaboración de Abén-Galbón, el título de Cid-León, la posadita fortificada de Alcocer", en *El Cid en el valle del Jalón*, pp. 107-125, Calatayud

África en 1086, se presentaron en esa región tras haber sometido a todos los taifas a su poder. Las fuentes relatan que el ejército almorávide tuvo que asediar “un castillo de la zona de Calatayud” donde se habían refugiado algunos contrarios a admitir el dominio de los africanos.⁶

Cuando en la primavera del año 1120 el rey Alfonso I de Aragón se plantó ante los muros de Calatayud para llevar a cabo su conquista, esta ciudad era la fortaleza más al norte que les quedaba a los almorávides, y uno de los últimos escollos para el control de los aragoneses de la antigua Marca Superior de al-Andalus.

2. Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, de Pamplona y de Castilla⁷

Hacia el año 1073 nació el infante Alfonso, segundo hijo del segundo matrimonio del rey Sancho Ramírez de Aragón. Tenía pocas posibilidades de alcanzar el trono, pues por delante de él estaban su medio hermano Pedro, el primogénito real hijo de Isabel de Urgel, la primera esposa, y Fernando, hermano también de madre, Felicia de Roucy, la segunda mujer de Sancho Ramírez.

Pero Fernando murió pronto y sin hijos y Pedro I, rey desde 1094, falleció en circunstancias desconocidas a finales de septiembre de 1104 cuando visitaba el valle de Arán. Pedro I había tenido un hijo varón con su esposa la reina Inés, pero falleció un año antes que su padre.

De este modo, Alfonso I, un segundón, se convirtió en rey de Aragón. Criado en los monasterios de San Pedro de Siresa y de San Juan de la Peña, el infante Alfonso estaba

1991; Gerold HILTY, “El problema de la historicidad del Cantar Primero después del descubrimiento de Alcocer”, en *El Cid en el valle del Jalón*, pp. 97-105, Calatayud 1991.

⁶ Sobre la época almorávide y Calatayud, IBN ‘IDARI, *Al-Bayan al-Mugrib*, Valencia 1963; IDRISI, *Geografía de España*, Valencia 1974; ‘ABD AL-KARIM, *Al-Andalus en el ‘Mu‘yam al-Buldan’ de Yaqut*, Sevilla 1972; IBN ABI ZAR’, *Rawd al-Qirtas*, Valencia 1964; Ambrosio HUICI MIRANDA, “Nuevas aportaciones de al-Bayan al-Mugrib sobre los Almorávides”, *Al-Andalus*, XXVIII, pp. 313-330, Madrid 1963; AL-BAKRI, *Geografía de España*, Zaragoza 1982; AL-HIMYARI, *Kitab ar-raws al-Mi‘tar*, Valencia 1963; AL-NUWAYRI, *Kitab Nihayat al-Arab*, 2 vols., Granada 1917-1919; AL-QALQASANDI, *Subh al-‘Asha fikita-bart al-Insa*, Valencia 1975; AL-RUSATI, *Al-Andalus en el Kitab iqtibas al-anwar*, Madrid 1990; Ambrosio HUICI MIRANDA, “Ali b. Yusuf y sus empresas en al-Andalus”, *Tamuda*, VII, 1959; Ambrosio HUICI MIRANDA, “Nuevas aportaciones de ‘Al-Bayan al-Mugrib’ sobre los almorávides”, *Al-Andalus*, XXVIII, 1963; Ambrosio HUICI MIRANDA, “Los Banu Hud de Zaragoza, Alfonso I el Batallador y los almorávides (nuevas aportaciones)”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, II, pp. 7-38, Zaragoza 1962; Juan Carlos ABADÍA DOÑAQUE, “Calatayud, Alfonso el Batallador y los almorávides”, *II Encuentro de Estudios Bilbilitanos*, II, pp. 191-208, Calatayud 1989; IBN AL-KARDABÚS, *Historia de al-Andalus*, Madrid 1986; IBN HAWKAL, *Configuración del Mundo (Fragmentos alusivos al Magreb y a España)*, Valencia 1971; Luis MOLINA, *Una descripción anónima de al-Andalus*, 2 vols., Madrid 1983; Luis MOLINA, *Fath al-Andalus*, Madrid 1994; Jacinto BOSCH VILÁ, *Los almorávides*, Tetuán 1956; Pascual GAYANGOS, *The History of the Mohammedan dynasties in Spain*, 2 vols., Londres 1840; Juan Antonio SOUTO, “Fuentes magrebíes relativas a la Marca Superior de al-Andalus: el volumen II del *Bayan al-mugrib* de Ibn ‘Idari”, *II Coloquio Hispano-Marroquí*, pp. 299-322, Madrid 1992; V. LAGARÈRE, *Les Almoravides*, París 1989; AL-RUSATI, *Al-Andalus en el Kitab iqtibas al-anwar*, Madrid 1990.

⁷ Sobre la historia y reinado de Alfonso I el Batallador son imprescindibles las colecciones documentales de José María LACARRA, *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro*, 2 vols., Zaragoza 1982-1985; José Ángel LEMA PUEYO, *Colección diplomática de Alfonso I de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, San Sebastián 1990; y José Ángel LEMA PUEYO, “El itinerario de Alfonso I el Batallador (1104-1134)”, *Rev. Historia, Instituciones*, 24, pp. 333-354, 1997; además de los estudios de José María LACARRA, *Alfonso el Batallador*, Zaragoza 1978; José Ángel LEMA PUEYO, *Instituciones políticas del reinado de Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Bilbao 1998; José Ángel LEMA PUEYO, *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Gijón 2008.

destinado a la vida monástica, pero a la edad de unos 14 años salió del monasterio para convertirse en señor de Biel y en soldado de la hueste real.

Con poco más de 20 años ya era un destacado caballero en el ejército de su padre Sancho Ramírez y en 1096, con 23, encabezó la carga de caballería que dio la victoria a los aragoneses en la batalla de Alcoraz, tras la cual se ganó Huesca. Durante los diez años del reinado de su medio hermano Pedro I, Alfonso fue el principal adalid del reino de Aragón y participó en la conquista de Barbastro en 1100.

Ya rey de Aragón desde fines de septiembre de 1104, mantuvo el plan de conquistas que los aragoneses había establecido sobre las tierras andalusíes de la cuenca del Ebro. Entre abril de 1105 y comienzos de 1106 conquistó Ejea y Tauste, participando personalmente en los combates, en uno de los cuales estuvo a punto de morir.

Señor de la guerra, se rodeó de caballeros aragoneses, pamploneses y del norte de los Pirineos, todos ellos con grandes ambiciones en ganar tierras, fama y fortuna en la conquista de al-Andalus. Bajo su protección se pusieron el conde de Toulouse y el vizconde de Béziers, que le ofrecieron vasallaje.

En el otoño de 1107, tras ayudar al conde Ramón Berenguer III de Barcelona en sus campañas militares en la zona de Balaguer, conquistó al asalto Tamarite, San Esteban de Litera y algunos castillos de esa zona, preparando así el ataque a Zaragoza, su gran objetivo, que andaba preparando en 1108, cuando los almorávides derrotaron a Alfonso VI en Uclés; allí murió Sancho, el heredero de León y Castilla. El rey leonés, viejo y enfermo, ya sólo tenía como heredera a una hija, Urraca, que era además viuda; le buscó marido porque consideraba que una mujer no podía defender el reino. Así se acordó el matrimonio de Urraca de León con Alfonso de Aragón, que a sus treinta y seis años bien cumplidos seguía soltero.⁸

Ya fallecido Alfonso VI, el matrimonio se celebró en el otoño de 1109 (“en el tiempo de la vendimia”) y Alfonso I tuvo que interrumpir sus planes para la toma de Zaragoza, que estaba fraguando con la ayuda de señores de Toulouse y Languedoc desde 1108, para inmiscuirse de lleno en los asuntos del reino de León, del que era titular su esposa Urraca, y por tanto él se había convertido en su rey.

En junio de 1110 Alfonso I se proclamaba “reinante en León, Aragón, Galicia y Tudela”, en 1111 *Totius Hispania Rex* y, además, “imperante en León y en toda Hispania”.

Por tierras de León andaba el rey de Aragón, al que juraron fidelidad castellanos y leoneses y recibió la unción real en la catedral de Compostela, cuando los almorávides entraron en 1110 en Zaragoza, el último reino taifa que les quedaba por ocupar. Los africanos, que además de en Uclés ya habían derrotado en 1086 a Alfonso VI de León en Sagradas, amenazaban con invadir las tierras de Toledo y Huesca, conquistadas por los cristianos en 1085 y 1096.

La ofensiva almorávide llegó hasta Tauste, y Alfonso tuvo que acudir a su encuentro para evitar mayores avances. El rey de Aragón los derrotó cerca de Tudela el 5 de julio de 1110, pero tuvo que retirarse ante la llegada de refuerzos musulmanes de Murcia. Para asentar sus conquistas en las bajas Cinco Villas concedió ese mismo mes un fuero a Ejea (de los Caballeros), en el que concedía “libertad” a sus moradores, sin dependencia feudal a señor alguno, salvo al rey.

⁸ José María LACARRA, “La reconquista y repoblación del valle del Ebro”, en *La Reconquista Española y la Repoblación del País*, pp. 38-83, Zaragoza 1951; José María LACARRA, “Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador”, *Cuadernos de Historia. Anexos a Hispania*, 2, pp. 65-80, Madrid 1968; Antonio UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. La formación territorial*, Zaragoza 1981; José Luis CORRAL LAFUENTE, “La reconquista del valle del Ebro”, *Militaria*, 12, pp. 49-65, Madrid 1998; José Luis CORRAL LAFUENTE, *La formación territorial. Historia de Aragón*, vol. 5, Zaragoza 1985.

Los problemas se le acumulaban a Alfonso I, que tenía que hacer frente a la rebelión de los nobles y prelados gallegos y leoneses en 1111 y 1112, a la vez que veía cómo los almorávides ganaban algunas plazas entre Zaragoza y Huesca (Sariñena, Ontiñena y Almudévar).

La relación de Alfonso I con su esposa Urraca, con los nobles y con los eclesiásticos leoneses fue de mal en peor. El rey de Aragón se convirtió en un enemigo para ellos, hasta tal punto que los cronistas de ese reino hablan de “bodas malditas y excomulgadas” a las que celebró con Urraca y se refieren al Batallador con terribles calificativos como “tirano bárbaro, cruel, despoblador de villas, ladrón, socavador de altares, asesino” (*Primera Crónica Anónima de Sahagún*), o “pérfido aragonés, violador, nefando, perjurio” (*Historia Compostelana*) y otras lindezas por el estilo.⁹

La situación personal y política entre Urraca y Alfonso se hizo insostenible. Los cronistas aragoneses escribieron: “El rey hubo mala sospecha de su mujer doña Urraca y no quería vivir con ella”, la tachan de “irascible, caprichosa y voluble” y de organizar intrigas contra su esposo (*Crónica de San Juan de la Peña*). Mientras los leoneses acusaron al Batallador de crueldad y maltrato, y de encerrarla en la fortaleza de El Castellar, a orillas del Ebro, veinte kilómetros aguas arriba de Zaragoza.

Las capitulaciones matrimoniales que firmaron no se cumplieron y el matrimonio se disolvió en 1114. No tuvieron descendencia, tal vez por la homosexualidad de Alfonso I, que “prefería vivir con hombres que con mujeres”, según los relatos (*Crónica de Ibn Al-Athir*).

La unión dinástica de los reinos de Aragón y Pamplona con León y Castilla se deshizo, pues el papa Pascual II aceptó la nulidad del matrimonio con la excusa de la consanguinidad de los esposos, que eran primos segundos.

Tras la ruptura, Alfonso el Batallador se alejó de Galicia y de León, pero mantuvo el título de “emperador” y de rey de Castilla, además del dominio de este reino, cuyas principales fortalezas (Burgos, Belorado, Castrogeriz, Segovia) quedaron en manos de señores aragoneses.

Rota su unión con Urraca, Alfonso I retomó los planes para la conquista de Zaragoza que había aparcado en 1109. En los primeros meses de 1114 ya andaba en la fortaleza de El Castellar observando las defensas de Zaragoza con un grupo de almogávares y varios nobles ultrapirenaicos, entre los que formaban el vizconde Gastón de Bearn, el conde Routrou de Perche, el conde Céntulo de Bigorra y otros nobles de Occitania. A la vez, mantenía su influencia y poder en Castilla, cuyas plazas fuertes anduvo asegurando entre 1115 y 1116, e incluso en la ciudad de Toledo, que le fue fiel hasta 1117.¹⁰

⁹ Sobre la boda y las tumultuosas relaciones de Alfonso de Aragón y Urraca de León: Cristina MONTERDE ALBIAC, *Diplomatario de la reina Urraca de Castilla y León (1109-1126)*, Zaragoza 1996; Antonio UBIETO ARTETA, *Crónicas anónimas de Sahagún*, Zaragoza 1987; *Historia Compostellana sive de rebus gestis D. Didaci Gelmirez*, en *España Sagrada XX*, Madrid 1765; Howart L. FELBER, *The marriage of Urraca of Castille and Alfonso I of Aragon: an attempt at federal union christian Spain*, Universidad, Kansas 1974; Bernard F. REILLY, *The Kingdom of León-Castilla under Queen Urraca: 1109-1126*, Princeton 1982; Prudencio de SANDOVAL, *Historia de los reyes de Castilla y de León. Doña Urraca, hija de don Alfonso Sexto, y Don Alfonso Séptimo, emperador de las Españas*, vol. II, Madrid 1792; José María RAMOS LOSCERTALES, “La sucesión de Alfonso VI”, *Anuario de Historia del Derecho Español XIII*, pp. 36-99, 1936-1941.

¹⁰ José María LACARRA, “A propos de la colonisation ‘franca’ en Navarre et en Aragon”, *Annales du Midi*, 65, pp. 331-342, 1953; José María LACARRA, “Los franceses en la reconquista y repoblación del valle del Ebro en tiempos de Alfonso el Batallador”, *Cuadernos de Historia. Anexos a Hispania*, 2, pp. 65-80, Madrid 1968.

A comienzos de 1118 se decidió la conquista de Zaragoza. En un concilio celebrado en Toulouse se acordó que tendría el rango de cruzada por bula del papa Gelasio II, con indulgencia plenaria para los que participaran en ella. La llamada tuvo éxito y al sitio de Zaragoza acudieron cruzados veteranos que habían participado en la toma de Jerusalén en 1099, en la llamada Primera Cruzada, como Gastón de Bearn.

El asedio a Zaragoza comenzó en abril; en mayo acudió el rey y en septiembre estuvo a punto de levantarse el sitio por escasez de recursos, que palió con las rentas de su diócesis el obispo Esteban de Huesca. Cercada con máquinas de asalto diseñadas por Gastón de Bearn, Zaragoza capituló el 18 de diciembre de 1118.¹¹

Sin apenas pausa para tomar aliento, Alfonso I conquistó Tudela, que se entregó mediante capitulación en los primeros días del mes de marzo de 1119, y Tarazona a finales de esa primavera. Además, ese mismo año fundó la ciudad de Soria, que no existía como centro urbano hasta entonces. Tras pasar los últimos meses del año por tierra de Segovia, a comienzos de 1120 ya andaba preparando la conquista de Calatayud y de Daroca, objetivos inmediatos y necesarios para tener el camino expedito hacia su nueva gran obsesión, la conquista de Valencia, pues una vez llegado al mar tenía la intención de embarcarse en una cruzada a Tierra Santa.¹²

Alfonso I era un monarca imbuido del espíritu de los cruzados, pero los reyes hispanos no podían ir a Tierra Santa en tanto no conquistaran las tierras de al-Andalus a los musulmanes. La toma de Valencia le despejaría el camino hacia Jerusalén.

3. La conquista de Calatayud (1120)

A comienzos del siglo XII Calatayud ocupaba el segundo lugar como ciudad más grande y más poblada del reino musulmán de Zaragoza, tras la propia capital. Su conquista era fundamental para continuar la expansión del reino de Aragón hacia el sur, con el objetivo de llegar hasta Valencia por el valle del Jalón y luego los del Jiloca y Turia.

A principios de 1120 regresaba el rey de tierras de Segovia, desde concedió fuero a Belchite, y se dirigía por Soria hacia Calatayud. En el mes de marzo de 1120 Alfonso I concedió fuero a la recién fundada ciudad de Soria, dejando así organizadas todas las tierras conquistadas entre 1118 y 1119. En el fuero de Soria se delimitan los términos, que incluyen por el este y el sur hasta Tarazona, Molina y Calatayud, estas dos últimas todavía en manos musulmanas en los primeros meses de 1120.¹³

En los fueros de Belchite y de Soria, Alfonso el Batallador delimita sus dominios, que comprenden Aragón, Pamplona, Álava, Sobrarbe, Ribagorza, Castilla la Vieja y toda Extremadura hasta Toledo.

¹¹ José María LACARRA, "La conquista de Zaragoza por Alfonso I (18 diciembre 1118)", *Al-Andalus*, 12, pp. 65-96, Madrid 1947; José María LACARRA, "La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador", *Estudios de Historia Social de España* I, pp. 203-223, 1949; José María LACARRA, "Gastón de Bearn y Zaragoza", *Pirineos*, VIII, pp. 127-136, 1952; Husein MUNIS, "La frontera superior de al-Andalus en la época de los almorávides y la caída de Zaragoza en poder de los cristianos el año 512 (1118)", *Revista de la Universidad Literaria de El Cairo*, XI, 1949; L. H. NELSON, "Routrou of Perche and the Aragonese reconquest", *Traditio*, XXVI, pp. 113-133, 1970.

¹² José María LACARRA, "La fecha de la conquista de Tudela", *Príncipe de Viana*, pp. 45-54, Pamplona 1946; José María LACARRA, "La iglesia de Tudela entre Tarazona y Pamplona (1119-1143)", *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, V, pp. 417-426, 1952.

¹³ Sobre la fundación de Soria y la concesión de su fuero previo a la conquista de Calatayud, vid. Carlos de la CASA y José Antonio MARTÍNEZ DE MARCO (eds.), *Soria 1119*, Soria 2019, y específicamente Pedro Andrés PORRAS ARBOLEDAS, "Soria, cabeza de Extremadura. Su configuración territorial, su término y demarcaciones, según el Fuero Breve de 1120", pp. 279-303.

En mayo de 1120 el rey de Aragón se plantó con su ejército ante los muros de Calatayud. Algunos de sus guerreros más notables hicieron testamento antes de la previsible batalla, como Lope Garcés que el 31 de mayo donó sus bienes al Santo Sepulcro y al Hospital de Jerusalén. En mayo de 1120 aún no se conocía en Aragón la Orden del Temple, que acababa de ser fundada en Jerusalén a comienzos de ese mismo año.

Estando en el asedio de Calatayud a comienzos de junio, Alfonso recibió la noticia de que un ejército musulmán con tropas numerosas pero variopintas se dirigía hacia Zaragoza con la intención de reconquistar la ciudad perdida para el islam en 1118. Este ejército, integrado por contingentes de Sevilla, Murcia, Granada, Lérida, Valencia y Molina, y algunos destacamentos de guerreros almorávides, siguió la ruta de la vieja calzada romana llamada la vía Laminium, todavía en uso a comienzos del siglo XII, que desde las tierras de Albacete llegaba hasta Zaragoza por los valles del Turia, Jiloca y Huerva, que había sido la ruta habitual seguida por los ejércitos omeyas hacia la Marca Superior.

Ante esa noticia, se levantó inmediatamente el asedio de Calatayud y Alfonso se dirigió con su ejército al encuentro de los almorávides.

Los dos bandos se enfrentaron en el término de Cutanda, una pequeña localidad con un castillo a mitad de camino entre las cuencas del río Jiloca y el Huerva, en el tramo de la vía Laminium que se desvía del curso del valle del Jiloca para buscar el valle del Ebro aguas abajo del Huerva.

De esta importante batalla apenas se conocen datos, y nada sobre su desarrollo y las tácticas seguidas en el combate. Las crónicas cristianas y las musulmanas sólo citan unos pocos nombres de combatientes cristianos (el rey Alfonso I, el conde Guillermo IX de Aquitania y su aliado musulmán Imad ad-Dawla, señor de Rueda) y musulmanes (Ibrahim ibn Yusuf, hermano del emir almorávide y gobernador de Sevilla; Abú Muhammad, gobernador de Granada; Abu Yakub e Ibn Zarada, de Murcia; e Ibn Galbun, de Molina y viejo amigo del Cid).

Es muy probable que combatieran en el lado cristiano los obispos Miguel de Tarazona, Esteban de Huesca y Guido de Lescar, y los nobles Aznar Aznárez, Fortún Garcés, Cajal, Lope Garcés de Estella, Sancho Acenar de Funes, el mayordomo Íñigo López y Juan Didas, pues andaban con el Batallador en estas lides y en esas fechas. También estaban entonces con el Batallador el vizconde Gastón de Bearn, el conde Bernardo de Cominges y el conde Céntulo de Bigorra, nobles vasallos del rey Alfonso I.

Tampoco se sabe dónde se produjo el lugar exacto de la batalla, aunque hay una partida un kilómetro al sur de Cutanda que todavía hoy se llama el "Llano de la Celada", topónimo que bien pudiera recordar el emplazamiento preciso del combate. Tampoco se conoce el número de combatientes, que las crónicas cifran entre los 12.000 y los 20.000, en cualquier caso son números claramente exagerados.

La mayor parte de las fuentes la fechan el jueves 17 de junio de 1120, y concluyen unánimemente que se resolvió con una gran victoria para los cristianos. Es probable que los combatientes musulmanes, salvo los contingentes almorávides que combatieron sobre lomos de camellos, fueran andalusíes escasamente instruidos en el uso de las armas y poco preparados para la lucha. Quizás eran una suma inconsistente de iluminados que buscaban el martirio en el *yihad* y alcanzar deprisa el paraíso.

Lo lograron, porque la derrota de los musulmanes debió de ser estrepitosa; tanto que en el siglo XV cuando en Aragón se quería calificar algo como un gran desastre se decía que "era peor que lo de Cutanda".¹⁴

¹⁴ En los últimos años se vienen realizando todo tipo de prospecciones en los alrededores de Cutanda en busca de restos que testifiquen dónde se libró el combate. Los escasos datos sobre la batalla en

Tras el triunfo de Alfonso I, las ciudades de Daroca y Calatayud capitularon y se rindieron sin combatir, y pasaron a formar parte de las conquistas del rey de Aragón.

No se perdió demasiado tiempo en asegurar la conquista de Calatayud y Daroca, al menor personalmente por el rey Alfonso, que en agosto ya estaba en Burgos metido de lleno en los asuntos de Castilla, y llevaba con él a los llamados “hombres pardos”, tipos bragados en la frontera, guerreros mercenarios castellanos dedicados a la guerra, como los almogávares aragoneses.

4. La fijación de la conquista y los primeros señores de Calatayud

No hubo ningún problema tras la capitulación. Los musulmanes de Calatayud aceptaron la sumisión y no ofrecieron resistencia alguna; o al menos así se infiere de las fuentes conservadas. El rey Alfonso concedió inmediatamente propiedades y casas a los hombres que le habían ayudado a conquistar Calatayud. Los nombres de varios caballeros y ricos hombres procedentes de los reinos de Aragón y de Pamplona se incluyeron en el fuero de 1120, entre ellos miembros de las familias de Azagra, Luna, Romeo, Urrea, Pardo, Funes, Liñán, Sayas, Muñoz, Pamplona, Valtorres, Zapata, Miedes, Calatayud, Moscón, Gómez, Calvillo, Heredia, Ferrer, Sánchez, Marcilla, Garcez, Ferriz, Arenós, Fernández, Carrillo, Pérez, Molanes, Samper, Forcen, Azor, Marta, Jiménez, Farín, López, Galíndez, Urriés, Alberó, Gombal, Fortúnez, Torres o Losiella.

El rey nombró como señor de Calatayud, es decir, su representante en la villa, a Jimeno Sanz, hombre de su plena confianza. Pero en diciembre de 1122 el señor de Calatayud era Íñigo Jiménez (Enneco Ximinones), probablemente hijo de Jimeno Sanz. Este Íñigo había sido señor de Segovia y de Ejea hasta finales de 1119, y firmó documentos importantes de Alfonso I, como el fuero de Belchite de diciembre de ese año. Seguía siendo señor de Calatayud en diciembre de 1122, pero en marzo de 1123 aparece de nuevo su padre Jimeno Sanz. Poco después, en abril de 1124, Íñigo vuelve a ser señor de Calatayud, y también de Senegüé, hasta mediados de 1125.¹⁵

Porque en septiembre de 1125, justo en el momento en el que Alfonso I parte en campaña hacia Valencia y Andalucía, quien firma como señor de Calatayud es Jimeno Sanz de nuevo.

¿Acompañó Íñigo Jiménez al rey en esa expedición y se quedó su padre, tal vez ya mayor, al cargo de Calatayud? Es posible, porque en febrero de 1127 otra vez vuelve a ser Íñigo el señor, y ya de manera ininterrumpida durante la conquista de Molina en 1128, en el asedio de Bayona en 1131 y hasta septiembre de 1133, cuando acompaña a Alfonso I en el sitio de Fraga.

Alberto CAÑADA JUSTE, “La batalla de Cutanda (1120)”, *Xiloca*, 20, pp. 37-47, Calamocha 1989; a partir de las crónicas de Ambrosio HUICI MIRANDA (ed.), *Las crónicas latinas de la Reconquista*, I, Valencia 1913; *Chronicon Sancti Maxentii Pictavensis*, ed. Marchegay et Mabille, en *Chroniques des églises d’Anjou*, París 1986 y *Chronique de Saint-Maixent*, ed. de J. Vernon, París 1979.

¹⁵ Carlos Luis DE LA VEGA Y LUQUE, “La Milicia templaria de Monreal del Campo”, *Ligarzas*, 7, pp. 63-80, 1975; Joaquín MIRET Y SANS, “Alfonso el Batallador en Fraga en 1122”, *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona* 6, pp. 540-547, Barcelona 1911-1912; Elena LOURIE, “The confraternity of Belchite, the ribat and the Temple”, *Viator, Medieval and Renaissance Studies* 13, pp. 159-176, 1982; Peter RASSOW, “La cofradía de Belchite”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, III, pp. 200-226, Madrid 1926; Antonio UBIETO ARTETA, “La creación de la cofradía militar de Belchite”, *EEMCA*, V, pp. 427-434, 1952; María Luisa LEDESMA, “La carta puebla de María de Huerva otorgada por Alfonso el Batallador”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, IX, pp. 445-461, Zaragoza; María Teresa FERRER I MALLOL, “La capitulación de Borja en 1122”, *Aragón en la Edad Media*, XI-XII, pp. 269-279, 1993.

Durante todos esos años Íñigo Jiménez es uno de los hombres más próximos a Alfonso I. Aparece como señor de Calatayud, pero también lo es o lo ha sido de Segovia, Tafalla, Ejea, Castrogeriz y Burgos, las plazas más importantes de las Extremaduras castellana y aragonesa. Incluso firma como testigo el testamento del rey datado en la ciudad de Bayona en octubre de 1131, aunque lo hace como “señor de Segovia” y como primero de los firmantes entre los señores de Castilla; y en diciembre firma el nuevo fuero de Calatayud como “señor de Extremadura”, aunque en 1132 y 1133 vuelve a hacerlo como señor de Calatayud, acompañando al rey en la preparación de la conquista de Fraga, cuando anduvo por la sierra de Cantabria, al norte de Logroño, buscando árboles para construir una flotilla de barcos con los cuales apretar el cerco de Fraga por el curso del río Cinca.

La última vez que aparece en la documentación es a fines de 1133, acompañando a Alfonso I en el sitio de Fraga; y ya no vuelve a firmar nunca más, desapareciendo de la documentación. No aparece entre los testigos de los últimos documentos firmados por Alfonso I en 1134.

¿Qué le ocurrió al señor de Calatayud Íñigo Jiménez? Lo más probable es que falleciera durante el asedio de Fraga, pues el primer documento de rey Ramiro II en el que firma el señor de Calatayud es ya en octubre de 1134, y el titular del puesto es Lope López.

5. El fuero de Calatayud como instrumento de repoblación

A los pocos días de conquistar Calatayud, Alfonso I le concedió un fuero, que ratificó y amplió en diciembre de 1131, y lo mismo hizo con Daroca. La prontitud de la concesión del fuero indica que el rey de Aragón lo tenía previsto antes de entrar en Calatayud, en un plan bien meditado de asentamiento y repoblación de las tierras conquistadas en las Extremaduras castellana (Soria) y aragonesa (Calatayud y Daroca), como se deduce de los términos concedidos a cada una de estas tres villas cabeza de fuero.

El texto del fuero de 1120 no se ha conservado, pero debió de ser muy similar al de Soria. Se concedieron a los habitantes de Calatayud los buenos fueros de Aragón y se les otorgó el privilegio de disponer de su propio juez y de organizar su mercado. Y todo ello abarcando la jurisdicción sobre un extenso término que en el fuero de octubre de 1131 se precisa así: “Chodes con su término y como caen las aguas hasta Calatayud y como va a la sierra de Castilla llamada de Albiedano y de la sierra de Míduena, de Berdejo a Carabantes y su término, de Albalate de Ariza hasta Calatayud, Anchol, Milmarcos, Degussema, de la Mata de Majaran a la Ceyda de Cubel, Villafeliche, Langa, Codos; limita con la villa de Ariza y sus aldeas, Embid de Ariza con el lugar de Cigüela y la villa de Deza, diócesis y obispado de Sigüenza, lugar de Alameda, aldea de Soria, lugar de Carabantes, villa de Ciria; de estos al lugar de Borobia, diócesis y obispado de Osma y de allí a los lugares de Pomer de Aranda, Jarque, Gotor, Illueca, Mesones, Villafeliche, Used y Torralba de los Frailes, diócesis y arzobispado de Zaragoza y de Cool, término del lugar de Torralba de los Frailes hasta Milmarcos y de allí a Sisamón, Cabolafuente, diócesis de Sigüenza, y de allí a Ariza”. Los topónimos que se citan quedaban fuera de los términos del fuero.¹⁶

¹⁶ Sobre el fuero de Calatayud, J. I. ALGORA HERNANDO y F. ARRANZ SACRISTÁN, *Fuero de Calatayud*, Zaragoza 1982; y antes José María RAMOS LOSCERTALES, “Fuero concedido a Calatayud por Alfonso I en 1131”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, I, pp. 408-416, Madrid 1924, y José María RAMOS LOSCERTALES, *Fuero de Calatayud*, Barcelona 1927. Las transformaciones sociales de la zona a partir de la aplicación de los fueros en José Luis CORRAL LAFUENTE, “El impacto social de los fueros de la Extremadura aragonesa”, en *Los fueros de Teruel y Albarracín*, pp. 19-31, Teruel 2000, y Ana María

Es probable que los términos del fuero de 1131 no fueran exactamente los mismos que los delimitados en el de 1120, entre otras cosas porque en 1120 no se habían conquistado las tierras de Sigüenza y no se había firmado el tratado de 1127 entre Alfonso I de Aragón y Alfonso VII de León.

Tanto el fuero de 1120 como la modificación de 1131 otorgaban al concejo de Calatayud el señorío sobre todas las villas y aldeas contenidas en sus términos, constituyendo meros barrios o “collaciones” de la villa. El fuero, que concede a los pobladores “derechos y libertades” inconcebibles en un sistema señorial, es explicable en el contexto de una sociedad de frontera, peligrosa y en constante situación bélica, necesitada de incentivos extraordinarios para que acudieran repobladores.

Alfonso I, un señor de la guerra, miembro de una dinastía de reyes guerreros y apoyado en un sistema de relaciones feudales, otorgó a Calatayud una carta jurídica en la que se asentaban los principios de libertad, igualdad e ingenuidad de todos los vecinos ante la ley (“Todos los pobladores que vengan a poblar Calatayud queden absueltos y libres de todas deudas que hayan contraído”), se aseguraba la autonomía municipal del concejo para elegir a sus oficiales, se permitía la libertad de culto y de conciencia (“Cada religión jurará por su religión”), se defendía y protegía la propiedad privada, se aprobaba la libertad de mercado, incluso para judíos y mudéjares, sin presencia de monopolios señoriales, y se garantizaba la paz interior.

Al otorgar la jerarquía de un amplio alfoz a Calatayud y convertirlo en la cabeza de la repoblación de toda el área foral, con notables privilegios y libertades personales para sus vecinos, se consiguió atraer pobladores cristianos, que compensaron la pérdida por la marcha hacia tierras de al-Andalus de algunos musulmanes tras la conquista.

En 1120 Calatayud era una ciudad consolidada en su estructura urbana. No hay datos sobre el número de habitantes que pudo alcanzar en esa fecha, pero desde luego eran lo suficientemente numerosos como para ser la segunda ciudad de la Marca Superior de al-Andalus, tras Zaragoza. Era una medina consolidada, dotada de arrabales y disponía de una alcazaba, zuda, murallas, mezquitas e instalaciones industriales, además de un barrio para los judíos y otro para los mozárabes.

La conquista cristiana no alteró la estructura urbana ya consolidada, pero modificó sustancialmente el uso y la ocupación de sus espacios interiores. La población cristiana ocupó la mayor parte de la zona central del casco urbano, relegando a judíos y mudéjares a barrios periféricos y marginales. Probablemente la mezquita aljama fue convertida en iglesia principal, la de Santa María, y otras mezquitas de barrio fueron consagradas como iglesias, como parece ser el caso de la de San Andrés.

Al abrigo de las favorables condiciones sociales otorgadas en el fuero, acudieron pobladores que hizo necesario ampliar hacia el río Jalón el perímetro urbano de la mediana islámica, iniciando así el proceso de cristianización de la nueva villa.¹⁷

6. La delimitación de las conquistas y la fijación del territorio

Ocupadas Calatayud y Daroca, Alfonso I se lanzó casi inmediatamente a la conquista de las tierras al sur de Soria, en la vertiente occidental del Sistema Ibérico. Entre mediados del año 1120 y 1124 su presencia en esta región es constante, alternando con visitas a la zona de Fraga, sur de Francia y Daroca.

BARRERO GARCÍA, “Los derechos de frontera”, en *Las sociedades de frontera en la España medieval*, pp. 69-80, Zaragoza 1993.

¹⁷ Vicente de la FUENTE ALCÁNTARA, *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, 2 t., Calatayud 1982 (1881).

En la primavera de 1122 capitularon Borja, que había quedado sin someter tras la toma de Tarazona y Calatayud, y Sariñena, asedió Fraga y Lérida, visitó el Bearn y tomó vasallaje a su vizconde, fundó la cofradía de Belchite y conquistó Sigüenza. En 1124 ocupó Medinaceli, sin apenas resistencia por parte de los musulmanes, resignados tras la derrota en Cutanda y la pérdida de Calatayud, de Daroca y de todas las fortalezas de su región, y a fines de 1124, y para consolidar las conquistas de Calatayud y Daroca, concedió privilegios de población y fortificó el valle del Jiloca, donando la aldea de Singra, en el límite sur de sus conquistas, construyendo un castillo y creando una orden militar, la Militia Christi, “como la de Jerusalén”, en Monreal del Campo, en el alto Jiloca, resaltando que toda las tierras entre Daroca y Valencia están “yemas y vacías”.

Los años 1125 y 1126 supusieron un paréntesis en la actividad política, militar y repobladora de Alfonso I en la zona de Calatayud. En septiembre de 1125 inició la campaña militar contra Valencia y Andalucía, que lo llevó hasta las playas de Almuñécar tras asediar Valencia y Granada sin éxito. En junio de 1126 ya estaba de vuelta en Aragón. No había logrado ninguna nueva conquista, pero había protagonizado una hazaña espectacular tras nueve meses recorriendo los dominios peninsulares de los almorávides, a los que volvió a vencer en un par de batallas. Además, trajo consigo algunos mozárabes de Granada; con esos cristianos, represaliados por los almorávides, repobló algunas zonas conquistadas, como Mallén y la propia Calatayud.¹⁸

A pesar de la nulidad del matrimonio, diez años después los problemas con la reina de León, su ex esposa Urraca, no habían acabado. Las conquistas de Alfonso I entraban en conflicto con la expansión leonesa, que aspiraba a incorporar Castilla a su corona, como ya lo estuviera en los tiempos del rey Alfonso VI.

Así, el 1 de febrero de 1124 Urraca dejaba claro que no renunciaba a esas tierras y concedía algunas propiedades a la diócesis de Sigüenza, cuyo obispado, abandonado desde el final del reino visigodo, había sido restaurado por el Batallador, a fin de construir una catedral.

Urraca, que desde la nulidad de su matrimonio nunca se atrevió a titularse “reina de Castilla”, falleció en marzo de 1126. Su hijo Alfonso VII, fruto del primer matrimonio de la reina con el conde Raimundo de Borgoña, fue coronado inmediatamente como rey de León. Tenía 21 años.

El joven monarca actuó enseguida y reclamó del que había sido su padrastro las tierras de Castilla, de la que se consideraba rey, (Burgos, Castrogeriz) y las conquistas de Alfonso I al oeste del Moncayo (Soria, Sigüenza, Medinaceli), reclamando que las cumbres del Sistema Ibérico constituyeran la línea de la frontera definitiva de Aragón con León y Castilla.

El planteamiento del joven monarca leonés era que Castilla había quedado dividida en dos: una Castilla de Yuso, “la de abajo”, que comprendía las tierras entre Burgos y Palencia, por tanto las tierras del viejo condado de Castilla reconvertido en reino en 1065 por Fernando I y entregado en 1072 con ese rango real a su hijo Sancho II, y la Castilla de Suso, “la de arriba” o “la Extremadura castellana”, las tierras conquistadas por Alfonso el Batallador, pero como rey de Castilla, entre 1122 y 1128, además de Soria, fundada en 1119 y poblada en 1120.¹⁹

El leonés actuó de manera contundente. A comienzos de la primavera de 1127 invadió la Castilla de Yuso y ocupó la ciudad de Burgos el 30 de abril. La reacción del Bata-

¹⁸ M. DEFORNEAUX, *Les français en Espagne aux XI et XII siècles*, París 1949.

¹⁹ José Luis CORRAL, “Alfonso I el Batallador, la ciudad de Soria y su territorio”, en Carlos de la CASA y José Antonio MARTÍNEZ DE MARCO (eds.), *Soria 1119*, pp. 91-108, Soria 2019.

llador fue inmediata y acudió al enfrentamiento con su antiguo hijastro. Ambos ejércitos se situaron frente a frente entre Burgos y Briviesca, a menos de una jornada de camino entre ellos.

La guerra parecía inevitable, pero las dudas de ambas partes y la amenaza almorávide, que seguía pendiendo sobre la cristiandad hispana a pesar de la batalla de Cutanda, apaciguó los ánimos y se buscó un acuerdo.

Tanto Alfonso I como Alfonso VII lo necesitaban. El rey de Aragón había vuelto los ojos hacia el este, y planificaba la conquista de Fraga y Lérida para llegar cuanto antes ante los muros de Valencia, conquistarla también y poder emprender así una cruzada a Tierra Santa, su gran obsesión desde hacía un cuarto de siglo. Por su parte, el rey de León andaba con problemas en la zona occidental de su reino, tanto por la rebeldía secular de los nobles gallegos como por el ansia de independencia del condado de Portugal, regido por su tía Teresa.

Los dos monarcas acodaron una tregua y se entrevistaron en la villa de Támara, donde firmaron las paces.²⁰ Por este tratado de 1127 Alfonso VII de León reconocía el dominio de Alfonso I de Aragón sobre los señoríos de Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, La Rioja y la Castilla de Suso o Extremadura castellana (Soria), en tanto el aragonés aceptaba que la Castilla de Yuso (Burgos, Palencia, Carrión) fuera para Alfonso VII, además de Sigüenza y Medinaceli. Este tratado supuso, además, una reorganización de los límites de las diócesis de Tarazona, Osma, Sigüenza y Zaragoza. Así, Calatayud, que había sido adjudicada a la de Sigüenza en 1120, pasó a ser parte de la de Tarazona.²¹

Quedaba pendiente la conquista de Molina, todavía en manos musulmanas en 1127. A lo largo de la segunda mitad de 1127 Alfonso I pobló la villa de Cella y en 1128 Alfonso el Batallador se ocupó en repoblar y asentar su dominio al sur de Soria, en la tierra de Almazán, preparando la conquista de Molina, que se produjo en diciembre de ese año. El aragonés dejaba claro que pretendía seguir gobernando la Extremadura castellana, pues a Íñigo Jiménez, señor de Calatayud, lo denomina en varias ocasiones como “señor de Extremadura”, sin distinguir la aragonesa de la castellana.

Conquistada Molina, y ya sin villas ni castillos en manos musulmanas al este de Calatayud, y cerrado el acuerdo de paz con Alfonso VII, el Batallador comenzó a preparar la toma de Fraga, previa e imprescindible para afrontar las de Lérida, Tortosa y Valencia. A comienzos de ya 1130 andaba por Monzón, pero en 1131 acudió, sin que se conozcan bien la circunstancias, al asedio de la ciudad de Bayona, en el sur de la actual Francia, donde estuvo todo un año acampado, sin lograr ocuparla. Allí expidió su sorprendente testamento, que corroboraría en 1134 con leves modificaciones.

En marzo de 1132 estaba en la sierra de Cantabria, en La Rioja, inspeccionando los árboles a cortar para fabricar una pequeña flota fluvial con la cual ayudar a la conquista

²⁰ José María LACARRA, “Alfonso el Batallador y las paces de Támara. Cuestiones cronológicas (1124-1127)”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, III, pp. 461-473, Zaragoza 1947; Ramón MENÉNDEZ PIDAL, “Un tratado de paz entre Alfonso I de Aragón y Alfonso VII de Castilla”, *Miscelánea histórica literaria*, pp. 119-134, Madrid 1952; Manuel RECUERO ASTRAY, *Alfonso VII, emperador. El imperio hispánico en el siglo XII*, León 1979; Antonio UBIETO ARTETA, “Navarra, Aragón y la idea imperial de Alfonso VII de Castilla”, *EEMCA* VI, pp. 41-82, 1956.

²¹ Las implantación del nuevo sistema diocesano y sus cambios de límites en el amplio trabajo de Toribio MINGÜELLA Y ARNEDO, *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, vol. I, Madrid 1910. Más recientes, José Luis CORRAL LAFUENTE, “Génesis territorial de la diócesis de Tarazona”, *Simposio Nacional sobre Ciudades Episcopales*, pp. 221-235, Zaragoza 1987; Pablo DORRONSORO RAMÍREZ, “El episcopado Batallador en tiempos de Alfonso I de Aragón y Pamplona”, *Estudios Medievales Hispánicos*, 3, pp. 7-42, 2014; José María LACARRA, “La restauración eclesiástica en las tierras conquistadas por Alfonso el Batallador (1118-1134)”, *Revista Portuguesa de Historia*, IV, pp. 263-286, Lisboa 1949.

de Fraga. Para que no hubiera duda alguna de sus intenciones, proclamaba en esa fecha “reinar en Aragón, Pamplona, Zaragoza, Calatayud, Tudela y Nájera”, y se hacía acompañar de los obispos de Tarazona y Soria (Soria no era sede episcopal pero parece que Alfonso I tenía la intención de erigir una en su nueva ciudad), de Osma, de Calahorra y Nájera, y de Pamplona, y los señores de Soria, San Esteban de Gormaz y Calatayud.²²

En 1133 comenzó la aproximación y el asedio definitivo a Fraga. Hasta entonces, Alfonso I había librado 29 batallas y no había perdido ninguna, ni contra cristianos ni contra musulmanes. Nada hacía presagiar que podría fracasar en esa nueva campaña.

Los almorávides estaban en el inicio de la crisis que conllevó su desaparición por completo, y Alfonso I se confió en demasía. El 17 de julio de 1134 un ejército almorávide acudió en ayuda de Fraga. Los sitiadores cristianos fueron cogidos por sorpresa; quizá nadie del bando cristiano esperaba una respuesta tan contundente.

El imprevisto ataque de los almorávides provocó el caos en las filas cristianas, que fueron desbaratadas. El propio rey de Aragón luchó en el envite y perdió su caballo; pudo escapar de la masacre gracias al sacrificio de algunos de sus más leales caballeros, que se sacrificaron para que su rey se salvara. Una parte importante de la nobleza del reino y de los señores con más poder sucumbieron en la batalla; tal vez estaba entre los caídos, como ya se ha indicado, Íñigo Jiménez, señor de Calatayud y de toda Extremadura.

Alfonso I y un puñado de nobles lograron salir con vida de la derrota. Durante seis semanas anduvieron vagando por la región de los Monegros, hasta recalar en Sariñena, donde el 4 de septiembre, sintiéndose morir, ratificó su testamento de 1131, con ligeros cambios. Tras las donaciones a iglesias y monasterios, legaba sus reinos (Aragón, Pamplona y Castilla) a las tres Órdenes fundadas en Tierra Santa (Temple, San Juan del Hospital y Santo Sepulcro), y su caballo y sus armas a los templarios. Tres días después moría en Poleñino, camino de Huesca.

La muerte del Batallador sin hijos ni herederos (su hermano menor Ramiro no podía heredar el reino al haber sido elegido obispo de Barbastro) dejaba a Aragón en situación muy difícil. Los nobles aragoneses la solventaron ignorando el sorprendente testamento; sacaron del monasterio a Ramiro y lo sentaron en el trono.²³

Por su parte, Alfonso VII de León aprovechó las circunstancias para hacerse con el control de toda Castilla, ganando Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Soria, Medinaceli, Molina y Sigüenza, incumpliendo el pacto de Támara de 1127. Además pretendía quedarse con Zaragoza y su antiguo reino, y se presentó en esta ciudad con la excusa de defenderla de una posible incursión almorávide. Por su parte, los navarros eligieron a su propio rey, el noble García Ramírez, proclamándolo como monarca en Pamplona y segregándose así de los dominios del rey de Aragón.²⁴

Calatayud se mantuvo en el reino de Aragón.

²² José SALARULLANA, *El reino moro de Afraga y las últimas campañas y muerte del Batallador*, Zaragoza 1909; C. STALLS, *Possessing the Land Aragon's Expansion into Islam's Ebro Frontier under Alfonso the Battler, 1104-1134*, Leiden-Nueva York-Colonia 1995; Manuel MOZO MONROY, “Labras de un rey cruzado por Cristo: Alfonso I, el Batallador (1104-1134). Acuñaciones castellanos-leonesas y navarro-aragonesas”, *Hécate*, 3, pp. 159-185, 2017.

²³ Elena LOURIE, “The will of Alfonso I, ‘el Batallador’, king of Aragón and Navarre: a reassessment”, *Speculum* 50, pp. 635-651, 1975.

²⁴ Sobre la figura legendaria de Alfonso I de Aragón, vid. la novela de José Luis CORRAL y Alejandro CORRAL, *Batallador*, Zaragoza 2018.